

re que lo tengamos presente, pues al hacer el elogio de los personajes de la ley antigua dice casi siempre que fueron *amados de Dios y de los hombres* (1).

## IV

Amar al prójimo es sufrir con paciencia  
sus defectos.

Hemos hablado ya de lo que se ha de *soportar*; debemos hablar todavía de algunas particularidades, y, sobre todo, dar *las razones* que nos obligan á practicarlos así. El sufrimiento es la gran cruz de las comunidades, y esta cruz la dejará Dios siempre para dar á cada religiosa la ocasión de ser buena, paciente, compasiva; en una palabra: la ocasión de hacerse *santa* y hasta de darse cuenta de que *progresá en santidad*.

La vida de comunidad tiene *por sí misma* tantas ventajas, libra al espíritu de tantas inquietudes, ofrece, aun al cuerpo, tanto bienestar, que si Dios no hubiera puesto la necesidad de sufrirse los unos á los otros, difícilmente se podría practicar *la renuncia cotidiana*, sin la cual no se puede ir al cielo.

Exigen *sufrimiento* las enfermedades inherentes á nuestra pobre naturaleza, enfermedades morales sobre todo, que llamamos *defectos*, y de los que todos, más ó menos, nos vemos atacados, y que, en general, no pueden curarse

(1) Eccl., XLV, 1.

sino por una fuerza y una constancia imposibles sin una gracia especial.

Toda reunión de personas, aunque pertenezcan á una misma familia, forma una especie de *hospital*, en donde cada cual tiene sus enfermedades. Hay caracteres naturalmente sombríos y tristes; los hay pesados, fastidiosos y displicentes, que están siempre murmurando y se quejan de todo; los hay inconstantes, que en ninguna parte se hallan bien, y á quienes hoy parece malo lo que ayer los entusiasmaba; los hay groseros en sus modales, en su porte, en sus dichos; los hay atolondrados, irascibles, orgullosos; los hay suspicaces, impresionables, quisquillosos; los hay indiscretos, aduladores, ambiciosos; los hay exigentes; los hay, en fin, que tienen una multitud de rarezas y manías.....

¡Sería muy larga la lista de las *enfermedades del alma*! La piedad las mitiga, pero no las cura por completo; hace que aparezcan menos al exterior, pero no las destruye; las cubre con la caridad, pero no siempre logra impedir que salgan y se descubran algunas veces..... ¡Oh! Si tenemos que vivir en comunidad, aunque sea en las más regulares y más santas, hagamos provisión de fuerza, de paz, de bondad, de compasión; penetrémonos bien, sobre todo, de los tres pensamientos siguientes, que convendría meditar con frecuencia delante del Santísimo Sacramento:

1. Yo también tengo defectos, defectos que no veo, ó que miro como leves, y que causan á mis compañeras la penosa impresión que sus

defectos me hacen á mí. Á esta hermana que me ofende por su aire ó su porte, por su manera de hablar, de vestir ó por sus exigencias, ¿estoy segura de que no la ofendo yo á mi vez? Es indudable que yo tengo manías, como ella tiene las suyas; pero como ella es más fuerte y más piadosa que yo, disimula muy bien lo que experimenta á mi lado. ¿Por qué, pues, quejarme tanto de ella? ¿Por qué no he de tener la paciencia que ella tiene? ¿Por qué tenerme por perfecta y ver tantas imperfecciones en las demás? (1)

(1) Á una religiosa que se quejaba continuamente de las demás, y cuya vida era una continua murmuración, le dijo cierto día una de sus compañeras, un poco exasperada quizá, las palabras siguientes, que transcribimos con toda fidelidad:

«Por más que usted se crea perfecta, hermana mía, y aunque yo misma la tengo por una buena religiosa, confieso que sufro horriblemente con usted. Permítame hacer una simple enumeración: usted no quiere sino pan tierno porque no tiene dientes; yo no puedo soportarlo porque me causa indigestiones, y mi gusto sería comer pan duro. Usted hace que nos sirvan la sopa siempre caliente y quemando; á mí me gusta fría. No permite usted que se sirvan ensaladas porque se resiente del pecho; yo no comería más que ensalada, y me cuesta gran sacrificio el no poder tenerla. Usted no quiere en la mesa más que frutas cocidas; á mí sólo me gustan las que están crudas, y aun verdes. Usted no puede soportar una corriente de aire; y si yo siguiera mis gustos y me tratara según mis necesidades, abriría todas las puertas y todas las ventanas. En la recreación, usted quiere estar siempre sentada; muchas veces quisiera yo pasearme. Hay todavía una multitud de cosas que usted hace por gusto ó por necesidad, y que á mí me molestan y me desagradan extremadamente. Se engaña usted, hermana mía, si cree que no hay nada que sufrir con usted; á pesar de su gran virtud, que

2. Estoy en brasas y me quejo porque tal compañera que está conmigo, y con quien tengo que vivir, me fastidia y me molesta..... Examinemos con calma si mis quejas y mi descontento son bien fundados: *¿hace por malicia todo lo que hace? ¿Sabe siquiera que me molesta? ¿Podría obrar de otra manera? ¿Le he suplicado que obre de otro modo? Y después de todo, ¿es muy grave y muy malo lo que hace? Si tal hermana, á quien amo, hiciera lo mismo, ¿me causaría la misma contrariedad? Y ¿no soy yo bien ruin, bien delicada, poco virtuosa, y bien quisquillosa, sobre todo, para atormentarme por esa nonada? ¿No valdría más tomar la firme resolución de hacerme al carácter de esta buena hermana? Entonces viviría en paz, y Dios sería glorificado.*

Estas sencillas reflexiones bastarían para calmar la irritación que nos produce la conducta de una compañera que no nos es simpática; y si á esto juntáramos una oración muy humilde, y si á esta oración añadiéramos un acto de bondad y de benevolencia con esa compañera, á fin de *esforzarnos en complacerla*, pronto comprenderíamos la futilidad de nuestras quejas.

3. Si debemos sufrir á nuestras hermanas, no debemos también, y sobre todo, perdonarlas? Hablaremos más adelante de los senti-

yo venero, le puedo asegurar que es usted para mí motivo de sacrificios continuos; pero no me quejo, porque también yo tengo mis defectos y necesito que usted me los sufra.»—(P. Campagnat.)

mientos de aversión voluntariamente alimentados y de su culpabilidad; nos basta aquí preguntar á una religiosa cómo tiene valor para irse á descansar por la noche conservando *pensamientos rencorosos* contra una de sus hermanas, después de haber oído aquellas palabras de Jesucristo que ordenan *no dejar ponerse el sol sin haberse reconciliado*; cómo, sobre todo, se atreve á acercarse á la Sagrada Mesa, después de este precepto tan formal: «*Si en el momento de ofrecer un dón en el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda, ve ante todo á reconciliarte, y después vuelve á ofrecer tu dón*» (1).

## V

## Amar al prójimo es querer su bien.

No hay aquí nada exterior; todo pasa en el santuario del alma. Es un tesoro que se va acumulando silenciosamente bajo la mirada de Dios; un tesoro que, además de ser ampliamente apreciado en el cielo, será manantial de todos los actos exteriores de caridad, que llenarán de suavidad la vida religiosa.

Esta práctica consiste en alegrarse sinceramente, en el fondo del alma, de los dones naturales y sobrenaturales que nuestro buen Dios ha repartido á cada una de las hermanas de la comunidad; dones por los cuales nuestras hermanas son más útiles que nosotras, más apre-

(1) San Mateo, v, 23.

ciadas, más estimadas, en una palabra, más santas que nosotras.

Los dones naturales son: *La salud del cuerpo; la amabilidad en el trato; juicio sano; inteligencia brillante; palabra fácil; aptitud universal para conseguir todas las cosas.*

Los dones sobrenaturales son: *Piedad afable y simpática; celo ardiente de la gloria de Dios; la paz del alma que se refleja en la serenidad del rostro; el dón de persuasión para conducir las almas á Dios.*

Regocíjate al ver todos estos dones concedidos á tus hermanas como si los poseyeras tú misma; da gracias á Dios por habérselos concedido; suplicale sinceramente que se los conserve y se los aumente aún con más abundancia que á ti, si Dios ve que ellas han de hacer mejor uso. Si notas que se levanta en tu corazón algún sentimiento de envidia ó de celos, arrójate á los pies del crucifijo, ó simplemente tómale en tus manos, bésale y dile: «*Dad, Dios mío, dad á mis hermanas más que á mi; ellas son más dignas.*»

Movida por estos sentimientos, que con la gracia de Dios se aclimatarán en tu alma, deja lo mejor á los demás, cuando lo puedes hacer fácilmente y sin llamar la atención. Pide á Dios la gracia de comprender bien que el estado más útil para practicar la caridad en toda su pureza, y, por consiguiente, para merecer la gracia de Dios, es ver con calma y satisfacción que á los demás se los honra, ama, estima, y á ti te desprecian; que se oye el parecer de los otros, y no se hace caso de lo que

tú dices; que se concede á los demás lo que desean, y á ti te lo rehusan; que á los otros se da lo mejor en todo, en alimento, vestido, habitación, y para ti se deja siempre lo peor que hay; que á otros se los emplea en más elevados cargos, y á ti te dejan en un oficio bajo y poco importante, porque se cree que no sirves para más; que se tiene más cuidado de los otros, cuando están enfermos, que de ti; que se busca á los demás, y que de ti huyen todos.... ¡Oh, sí! regocíjate de este bien que le viene á tu prójimo; y si tu delicadeza y tu sensibilidad humana se sienten heridas, lee despacio esta página en forma de oración y haz fuerza á tu voluntad para que se adhiera plenamente á todo lo que Dios permite.

## VI

Amar al prójimo es compadecerse de sus penas.

Considerad la fuerza de esta palabra tan cristiana: *compadecerse*; compadecerse es padecer con otro, es, por decirlo así, acercar su corazón al corazón del que padece, tomar una parte de sus padecimientos, quedarse con ella y aliviar de ese modo aquel pobre corazón.

En todas las comunidades hay *enfermeras* para las enfermedades del cuerpo; ¿por qué no ha de haber *enfermeras* para las enfermedades del corazón y del espíritu? Ya sabemos que ninguna superiora puede dar tal cargo directamente, pero ¿no le da Dios? ¿No ha dicho san

Pablo á todos los cristianos en nombre de Jesucristo, «*llorad con los que lloran*»?

«*Los justos son naturalmente compasivos*, dicen los libros santos; ellos son los que pueden decir con Job: «*La compasión fué siempre mi compañera inseparable; creció conmigo y cifré siempre mi felicidad en mitigar las penas de los que estaban tristes ó enfermos; en consolar á los afligidos y reanimar los corazones abatidos por el desaliento*» (1).

He aquí lo que toda religiosa debe poder decir á Dios cuando le pida cuenta de las relaciones con sus hermanas. ¡Ah! Las tristezas, las amarguras del corazón, las aflicciones, los desalientos existen en las comunidades tanto como en el mundo; y son allí quizás más vivamente sentidos por lo mismo que los corazones que Dios ha llamado son más delicados y las distracciones son menos fáciles.

No dejéis, pues, á una de vuestras compañeras atribulada, sin decirle una palabra de simpatía, una de aquellas palabras *del corazón* que van al corazón y siempre le proporcionan alivio. ¿No comprendéis que esto lo podéis siempre?

No hablamos de las enfermas, de las enfermas, achacosas, sobre todo, que sin duda necesitan cuidados materiales; pero, sobre todo, tienen mucha necesidad de cuidados espirituales y palabras afectuosas. «*Soy muy partidario de las achacosas*, decía san Francisco de Sales, y siempre temo que las incomodidades que cau-

(1) Job, XXXI, 18; XXX, 25.

san excíten en las casas un cierto espíritu de prudencia que aconseje quitárselas de encima..... Una enfermiza es un santo y continuo ejercicio para el amor de las hermanas.» Pensad de vuestras hermanas enfermas lo que pensaba este amable santo. «Mientras sepa que estás enferma en el lecho del dolor, escribía, me creeré obligado á tenerte *un respeto particular*, como lo tenemos á una criatura á quien Dios prueba y reviste de su librea, y como á prometida suya te daré pruebas de la mayor consideración.»

## VII

**Amar al prójimo es hacer bien á su alma.**

Es éste, como hemos dicho, el fin último de la caridad: *el bien del alma*; por consiguiente, para hacer directamente este bien á vuestras hermanas es preciso:

1. Tratar mucho de sus almas en la presencia de Dios; pedir para ellas todos los días el espíritu de piedad, el espíritu de abnegación; en una palabra, ese buen espíritu de que hemos hablado en la primera parte. La religiosa que no ofrece diariamente una parte de sus oraciones por los miembros de su comunidad falta á la caridad que le debe, y bien se puede decir sin exageración que sólo participa de una manera muy débil de las gracias concedidas á la comunidad.

2. Debe toda religiosa considerarse obligada á conservar *la unión entre las hermanas, la*

*sumisión á la superiora, la fidelidad á la regla.* Hay dos grandes medios para cumplir esta obligación:

## 1.º—EL BUEN EJEMPLO

El buen ejemplo es *un deber* para todos los fieles. A todos ha dicho Jesucristo: «*Brille vuestra luz, es decir, vuestra virtud, á los ojos de todos, para que, viendo vuestras obras, glorifiquen á vuestro Padre, que está en el cielo*» (1). «*Haced el bien, añade san Pablo, no sólo delante de Dios, sino delante de los hombres*» (2).» El buen ejemplo es para la religiosa un deber más riguroso que para los demás fieles. Debe llevar por todas partes *el buen olor de Jesucristo*; en todas partes su vestido le recuerda á ella misma y á los que la ven que está consagrada á Dios y que debe hacer la obra de Dios. Aun cuando vuestra vocación os separase del mundo completamente, vivís, sin embargo, con vuestras hermanas, que continuamente son testigos de *cada una de vuestras acciones*; de vuestra piedad en la capilla; de vuestra modestia en el andar; de la dulzura y la paz de vuestras palabras; de la abnegación que mostráis en el desempeño de vuestros deberes. ¿No comprendéis que san Pablo os dice como á Timoteo: «*Sed en todo un acabado modelo*» (3)?

Sed un modelo, porque el buen ejemplo es

(1) San Mateo, V, 16.

(2) Rom., XII, 17.

(3) Tim., IV, 2.

una continua predicación, y vuestras exhortaciones no harán jamás el bien que hacen vuestras acciones.

Sed un modelo, porque el buen ejemplo es un manantial de méritos para vosotras mismas. Una religiosa, sobre todo si es algo antigua, no puede ser edificante sin que su buen ejemplo haga mucho bien; y si es causa de que se haga mejor la oración, si contribuye á que se observe mejor la regla, á que se guarde mejor la caridad, ¡oh dichosa ella! El Apóstol le dice: «El que por sus buenas obras haya contribuido á conducir un alma á Dios obtendrá la remisión de sus pecados, cualquiera que sea su número» (1).

Muéstrate en todo por dechado en la pureza de tu doctrina, en la integridad de tu vida, en la severidad de tus costumbres (2).» Seamos un modelo siempre y en todas partes. En todas partes y siempre estamos bajo la mirada de Dios y de nuestras hermanas.

«Un modelo, dice aún san Pablo, en las palabras, evitando las burlas, las disputas, la maledicencia, la vanidad; en las relaciones con el prójimo, teniendo cuidado de no permitir nada que no inspire horror al vicio, amor á la virtud y estima de la religión; en la caridad, mostrando siempre celo en prestar un servicio, en defender los intereses de las hermanas, tomando parte en todo lo que á ellas toca; en la

(1) Santiago, v, 2.

(2) Tito, II, 7.

fe, no vacilando jamás en sostener y practicar las máximas de Jesucristo, las enseñanzas de la Iglesia, las disposiciones del Soberano Pontífice, las órdenes de los superiores; en la modestia, vigilando sobre los sentidos exteriores, y siguiendo con fidelidad todas las reglas que indican la manera de andar, de portarse, de vestirse. San Pablo decía: «Mientras sea Apóstol de los gentiles honraré mi ministerio» (1); que cada cual diga también: «Mientras sea religiosa honraré mi vocación con una vida ejemplar.»

## 2.º—LA CORRECCIÓN FRATERNA.

He aquí un medio muy eficaz para mantener el orden y la piedad en las comunidades religiosas; pero, preciso es confesarlo, es un medio poco practicado.

No hablamos aquí de la corrección pública, que se hace en el Capítulo, sino de la corrección secreta, hecha caritativamente, digamos mejor afectuosamente, á una religiosa que se olvida de su deber, por una de sus hermanas que la ama y la quiere hacer santa.

No conocemos mayor prueba de amistad que ésta, ni acto de caridad más sobrenatural y por consiguiente, más meritorio, ni medio más eficaz, á excepción de los santos Sacramentos, para santificarse.

La corrección fraterna es una especie de examen particular entre dos, que no puede conti-

(1) Rom., XI, 13.

nuarse mucho tiempo sin producir necesariamente una seria enmienda.

Dos almas que se aman como deben amarse las almas, y que todas las semanas se prometen la una á la otra ser más observantes, más piadosas, más afables; que se advierten sus faltas; que se vigilan mutuamente y se avisan, aun con la mirada, cuando en el transcurso del día se sorprenden en alguna falta, estas dos almas que oran la una por la otra llegan á ser muy pronto edificantes.

1. Esta corrección debe hacerse *con espíritu de fe y grande amor sobrenatural*, sin lo cual no podrá subsistir mucho tiempo, porque vienen los choques, los disgustos, la separación, y acaban por no amarse.

Debe estar *sometida á la obediencia*. Esta intimidad de las almas, aun siendo muy sobrenatural, acabaría por ser peligrosa; la obediencia la santifica; la vigilancia de la superiora, que está al corriente de lo que pasa, aleja los peligros.

Debe ser *prudente*. No basta que una hermana nos ame para creer que tenemos derecho á corregirla; hay que hacer la corrección según el carácter de las personas: á unas, es preciso reprenderlas sencillamente y sin rodeos; á otras hay que amonestarlas indirectamente sin que parezca corrección; á éstas habrá que dirigirles una advertencia por escrito, á aquéllas convendrá desde luego avisarlas por medio de tercera persona..... Sucede muchas veces que, por falta de prudencia, la mayor parte de las correcciones acaban por exasperar.

Debe hacerse, sobre todo, *con bondad*. ¿Cómo?

Es muy difícil decirlo: es preciso amar mucho, mucho el alma de la hermana y no acercarse nunca á ella sin haberla encomendado á Dios.

2. Se debe recibir la corrección *con humildad, con respeto, con reconocimiento*. ¡Cuántas cosas hay que decir en este punto, pero inútiles, si no queremos *generosamente* santificarnos!

Se debe recibir *sin murmuración, con calma, sin replicar ni mostrar disgusto*.

«*Reprende al sabio, dice Salomón, y te amarán* (1).» «*El que aborrece la corrección es un insensato* (2).» No eres, pues, *sabia*; eres una *insensata*, hermana mía, que te muestras tan resentida por una simple advertencia, que quieres saber el motivo por que te la hacen; que te enfadas y niegas.... ¡Oh! Pide á Dios la gracia de encontrar una amiga tan generosa que te avise; pide á Dios te dé para con ella bastante cariño para no rechazarla jamás. Pide á Dios que esa amiga pueda decirte lo que decía san Francisco de Sales al alma con quien practicaba la corrección fraterna:

«*Quiero que me agradezcáis muchísimo mis reprensiones, porque es el mejor testimonio que puedo daros de mi buena voluntad, y reconoceré que me amáis si me prestáis el mismo servicio. No puedo sufrir en vos la menor imperfección, porque os amo en extremo; lo que en los demás me parecen moscas, en vos me parecen elefantes, á causa del mucho cariño que os tengo.*»

(1) Prov., IX, 8.

(2) Idem, XII, 1.